

CAPÍTULO VIGÉSIMOSÉTIMO.

Partida de Nueva York.—Búfalo.—El trasborde.—Detroit. El paso por el río.—Kansas City.—Las Vegas.—Llegada al Paso Texas.—Una escena de horror.—Llegada á la Patria.—El registro aduanal.—El desierto.—Reflexiones.—Chihuahua.—Jiménez.—Recepción en Villa Lerdo.—La inspección de la Aduana.—Symon.—Zacatecas.—Rincón de Romos.—Aguascalientes.—La Encarnación.—Lagos.—León.—Silao.—Irapuato.—Salamanca.—Celaya.—Querétaro. Impresiones.—San Juan del Río.—San Antonio.—Llegada á México.—La recepción.—La Misa en acción de gracias.

ALLANADOS los obstáculos que se habían presentado para nuestra salida de Nueva York, el lunes 2 de Julio á las diez de la mañana, estábamos reunidos en la Estación del camino de fierro y diez minutos después partía el tren de la Peregrinación. Dimos afectuosa despedida á los amables propietarios del Hotel América, al Sr. Don Antonio Ruiz, y al representante del Ferrocarril Central, que habían ido acompañándonos. No era especial el tren como el que nos había conducido en el viaje de ida. Llevábamos coches especiales, agregados á un tren ordinario. Iba con nosotros un americano, Mr. Tarbell, como agente de la Empresa, para servirnos de intérprete y atender á nuestras reclamaciones.

A la 1 y 15 minutos nos detuvimos en la estación de Kingston, en donde almorzamos. Continuamos nuestra marcha por el itinerario que ya conoce el lector, sin otras detenciones que las necesarias establecidas en los viajes ordinarios, y á las 11 P. M. llegamos áBúfalo. Allí se nos notificó que habían de

trasbordarse á otro tren los pasajeros, menos los que caminá-
bamos en coche Pullman. No ofreció dificultades el trasborde,
pero sí las molestias consiguientes á que tienen que sujetarse
los que viajan por los Estados-Unidos en trenes ordinarios.
En todo el trayecto de Nueva York al Paso, hay varias
empresas de caminos de fierro, propietarias de determisu pro-
nados tramos; el servicio lo hacen solamente en las líneas de
piedad, y al llegar al término de cada una de ellas, los pasa-
jeros tienen que pasar á los coches de la otra Compañía.

A la 1 y 25 A. M. partimos de Búfalo. Como á las 9
de la mañana del Martes 3 llegamos á Detroit, hermosa y
pintoresca ciudad, atravesada por un caudaloso río de cris-
talinas aguas. Llegando á la orilla del río el tren fué dividi-
do en tres fracciones, cada una de las cuales fué colocada
paralelamente sobre los rieles de una gran balsa semejante
á los *ferry* de Nueva York. Cuando todo el tren estuvo á
bordo de aquella singular embarcación, una poderosa má-
quina de vapor comenzó á funcionar y lentamente fuimos
atravesando el río hasta llegar á la orilla opuesta. Pasó el
tren de la balsa á los rieles del camino, y proseguimos nues-
tra marcha sin interrupción hasta Toledo, á donde llegamos
á la 1 y 50 P. M. Allí cambiamos trenes nuevamente, tras-
bordándonos á uno especial que llevaba enganchado un ele-
gante carro comedor, en donde se nos fué sirviendo sobre
la marcha un abundante almuerzo á los que lo pedimos, me-
diante el precio de 75 centavos.

El Miércoles 4 á las 4 y media A. M. llegamos á Hanibal,
en donde fuimos obligados á sufrir otro trasborde. A las diez
de la mañana nos detuvimos en Cameron Junction, en cuyo
punto se nos sirvió de almorzar en la fonda de la Estación.
A las doce del día llegamos á Kansas City. Allí nos recibió
nuestro estimable Cónsul el Sr. Rhaden, quien nos acogió con
su amabilidad acostumbrada, interviniendo personalmente
en el trasborde que allí debíamos tener. De corta duración
fué nuestra permanencia en dicha ciudad; á la una P. M. se
puso el tren en movimiento..... Las tres de la
tarde serían cuando llegamos á Topeka.

El 5 de Julio á las 9 A. M. nos detuvimos en Coolidge
para almorzar, y prosiguiendo nuestro camino con rapidez y
sin otra interrupción que la necesaria para comer, á las once
de la noche arribamos á las Vegas. Dos sacerdotes del Co-
legio, no obstante lo avanzado de la hora, nos esperaban en
la Estación para darnos la bienvenida. Recibieron sus deli-
cadas atenciones los peregrinos que no se hallaban durmien-
do, que eran el mayor número, y el tren partió á pocos mi-
nutos.

A las 6 y media A. M. del día 6 se paró el tren delante de
la Estación de Alburquerque. A las diez de la mañana almor-
zábamos en la de San Marcial, y á las 5 de la tarde estába-
mos en el Paso Texas, ó el Paso Americano como le llaman
ahora. Allí sufrimos alguna detención mientras llegaba el
agente de la Compañía del Ferrocarril Central en Paso del
Norte, á quien mandamos llamar para el arreglo de algunas
cosas indispensables. Entretanto tuvimos el disgusto de pre-
senciar una horrorosa escena. Un americano hacía cierta
reclamación á un cochero negro en tono de exaltación; no pu-
dimos oír si el cochero no satisfizo á dicha reclamación, ó se
permitió rechazarla con energía: el caso fué que el americano
se lanzó dando terribles puñadas al negro, hasta derribarlo al
suelo, y cuando le vió caído principió á patearle la cabeza con
un exceso de crueldad que nos llenó de horror. La gente se
aglomeró, viendo con indiferencia el suceso, que nosotros des-
de las ventanillas presenciábamos indignados y á la vez llenos
de rabia por ser impotentes para salvar al infeliz negro.
Cuando la sangre del desgraciado corría por el pavimento,
y el infeliz se hallaba casi exámine, el bárbaro yankee se
retiró tranquilamente como si hubiera ejecutado una buena
acción. La gente permanecía impassible viendo agitarse en
horribles convulsiones al negro, sin que nadie se acercase á
prestarle auxilio. En esos momentos el tren de la Peregrina-
ción se ponía en movimiento. Una impresión de horror era
la última que recibíamos en territorio americano. Pensamos
en la suerte que aguarda á nuestros pobres indígenas cuando
esa raza sajona enemiga nuestra, tenga su asiento en la Re-

pública por medio de la conquista pacífica que ya está realizándose. Sabe Dios lo que hayan sufrido ya esos infelices y lo que estén sufriendo en los lugares en donde con el título de colonos se han introducido á nuestro país los americanos.

A los pocos minutos nos hallábamos en la Patria. Saludámosla entusiasmados, prorrumpiendo en estrepitosos vivas y en todos los coches fué entonado el sublime cántico *Te Deum laudamus*. En seguida escucháronse las melodías del Himno Nacional.

Los mexicanos de "El Paso" salieron á recibirnos. Sinceras felicitaciones fueron el saludo de nuestros compatriotas al descender nosotros de los coches en la Estación.

Pasamos en seguida á presenciar el registro de los equipajes en la Aduana. A decir verdad, el registro, aunque minucioso, no nos causó las molestias de que ordinariamente se quejan los que vienen del extranjero. Los empleados fiscales desempeñaron su ministerio con eficacia, pero con prudencia y sobre todo con mucha urbanidad y cortesía. Por nuestra parte no sufrimos la menor molestia, ni tuvimos noticia de que ninguno de nuestros compañeros fuese molestado.

Terminado el registro, pasamos á la fonda de la Estación, en donde se nos sirvió una regular comida. La servidumbre se compone de chinos; la cocina es una mezcla de americana, francesa y mexicana.

A las 7 de la noche nos hallábamos instalados en el tren, el cual partió en seguida. En los momentos de partir se cantó el Himno Nacional. Había llegado á su colmo el entusiasmo de los peregrinos al encontrarse de vuelta en la Patria, sanos y salvos. Prolongados vivas, estrepitosos aplausos resonaban en el interior de los coches. El señor Obispo se arrodilló y todos seguimos su ejemplo: con fervor edificante recitó en alta voz el *Te Deum*, que acompañamos los que íbamos en el coche de su señoría.

Amaneció el 7 de Julio. Recorríamos todavía los inmensos desiertos que como inexpugnable valladar había puesto la naturaleza en nuestro territorio, para mantenernos á cubierto de nuevas invasiones de nuestros naturales enemigos: atravesado

habíamos en pocas horas los extensos arenales, inaccesibles en otro tiempo, en donde las mismas tribus salvajes nos protegían contra la rapacidad de nuestros vecinos los americanos del Sur. Nuestra insensatez y el imprudente deseo de ver prematuramente establecidos ferro-carriles en la República, nos indujeron á romper esa barrera, abriendo una fácil brecha por donde comienza á inundar á México un torrente de inmigración americana, la única que no nos conviene, la única que nos daña, la única que amenaza nuestra autonomía política; la única que nos llevará muy pronto á la servidumbre sin poderlo evitar, supuesto que nosotros mismos la hemos procurado. ¡Lamentable aberración de nuestros gobiernos! Cuando debíamos buscar en la inmigración europea el remedio de nuestros males y nuestra defensa contra el destino manifiesto que nos han predicho los americanos; coadyuvamos á los designios de éstos, entregándoles el territorio que tan bien dispuestos se hallaban á colonizar los europeos, con notable ventaja para nuestros intereses y sin peligro alguno para nuestra nacionalidad.

Con tan tristes ideas íbamos preocupados al ir recorriendo el trayecto de ferrocarril que se extiende desde la orilla del Bravo hasta las cercanías de Chihuahua. Las siete de la mañana serían cuando descubrimos el caserío de esta importante ciudad. Detúvose el tren, y sufrimos la pena de ver separarse de nosotros á las estimables Sritas. D^a Bárbara Terrazas y D^a María del Rayo Colmenero, quienes habían llegado al lugar de su residencia. Despedímonos conmovidos de aquellas virtuosas y amables señoritas, con quienes ya estábamos ligados por el vínculo de una sincera y santa amistad. Veíamos con dolor comenzar á disolverse aquella reunión de hermanos que durante tres meses había formado una sola familia, inspirados todos por el mismo sentimiento, movidos por una sola voluntad; gozando con las mismas alegrías, sufriendo con los mismos padecimientos. El vecindario de Chihuahua no estaba apercebido de nuestra llegada, y no tuvimos ocasión de dar nuestra despedida á los buenos com-

patriotas que en el viaje de ida nos hicieron tan espléndido recibimiento.

Partimos de Chihuahua como á las ocho de la mañana. Pasamos una hora después por la estación de Ortiz; á la una de la tarde nos detuvimos á almorzar en Jiménez. En un furgón deteriorado se ha establecido la fonda por unos americanos; sirviéronnos mal y de mala manera. Pasada media hora, el tren prosiguió su marcha.

Las seis y media de la tarde serían cuando llegamos á la Estación de Villa Lerdo, en donde debíamos comer. Considerable número de sus habitantes y de los de Mapimí, con el párroco á la cabeza, el estimable sacerdote D. Mateo Gutiérrez, nos esperaban en el paradero. Arrojabán flores á nuestro paso las señoras y nos saludaban con cariño; una música situada en lugar conveniente, hacía oír las melodías del Himno Nacional; los cohetes poblaban el espacio. La muchedumbre nos acompañó á la fonda, en donde por la estrechez del local no pudieron penetrar sino el señor Cura y las personas principales. Mientras comíamos, el párroco leyó un inspirado discurso de felicitación, que casi duró tanto como la comida. Por falta de tiempo no se dió lectura á una poesía, cuyos ejemplares impresos nos fueron repartidos. Una comisión de señoras distribuyó entre los peregrinos gustosos comestibles y preciosos ramilletes, que aceptamos con agradecimiento. El Señor Obispo en una breve alocución, expuso á nuestros compatriotas los sentimientos de que estábamos poseídos, y cuán obligada quedaba nuestra gratitud por las manifestaciones de que éramos objeto. Los vivas y las aclamaciones más entusiastas respondieron á la alocución del prelado.

Un incidente que nada tenía de extraordinario, que á nosotros nos pareció muy en el orden, pero que á la mayor parte de los peregrinos desconcertó y hasta llenó de indignación, interrumpió un corto rato la alegría general. Una comisión fiscal subió á los wagones del tren y pidió las llaves de algunas petacas que fueron designadas, para practicar un registro aduanal. Como han sido tantos y tan frecuentes los

fraudes que ciertos especuladores de mala ley han hecho contra la hacienda pública en la zona comprendida entre la frontera y las primeras poblaciones de importancia de los Estados limítrofes, la administración de la Aduana ha establecido una inspección que se ejerce á veces muy escrupulosa en los trenes que traen procedencia extranjera. Fácil es, en efecto, ejecutar el contrabando del lado americano para el mexicano, introduciendo clandestinamente á la población de Paso del Norte ciertos artículos que después son embarcados en algunas de las estaciones inmediatas del Ferrocarril Central, evitando así el registro en la Aduana. La administración fiscal está en su perfecto derecho para practicar en los trenes la inspección que tiene establecida, y nadie debiera disgustarse por ello, y menos tratándose de impedir que ejerzan el contrabando nuestros vecinos los yankees.

En estas consideraciones no entraron del momento los peregrinos, y muchos pusieron el grito en el cielo, é invocando aun las garantías constitucionales pretendían algunos oponerse al registro, y llevando hasta la insensatez sus pretensiones, no faltaban, y personas respetables, quienes exigiesen á la Comisión organizadora que evitase el registro, y hubo aún quien echase la culpa á la misma Comisión de lo que se calificaba de un atropello de los inspectores de la Aduana. El secretario de la Comisión, á quien se dirigían principalmente tan infundados y hasta ridículos cargos, no dió muestras de inquietarse por ello, y se reía de buena gana cuando oía expresarse á una de las personas más prominentes en estos términos:

—Ninguna de estas molestias sufriríamos si el Lic. Valdés Caraveo hubiese venido representando á la Comisión organizadora.

Toda la molestia quedó reducida á inspeccionar los agentes de la Aduana muy ligeramente algunas petacas de las que traíamos en los coches. Nadie había dicho una sola palabra, cuando después de atravesar el río en el viaje de ida, los empleados de la Aduana americana practicaron una

inspección semejante en los wagones del tren de la Peregrinación.

Pasado el registro, que no duró cinco minutos en cada coche, se restableció la alegría; algunos de los vecinos de Lerdo subieron á despedirse de nosotros, y reproduciendo sus manifestaciones de entusiasmo y de cariño nos estrechaban entre sus brazos. El tren partió en medio de las aclamaciones y de los calurosos aplausos de la muchedumbre.

A la media noche se detenía el tren de los romeros en la Estación de Symon. Ya habíamos dado nuestro cariñoso abrazo de despedida al estimable Sr. Cura Valenzuela, que allí debía bajar. Los feligreses del respetable párroco habían caminado cerca de tres leguas para ir á recibirle: con su música á la cabeza se hallaban hacía algunas horas esperándole. Luego que descendió le recibieron en sus brazos: vivas y aclamaciones resonaban entre los circunstantes; la música tocaba, los cohetes surecaban el espacio. El Señor Cura fué conducido á la Estación en brazos de sus entusiastas feligreses. Allí le dimos nuestra última despedida y corrimos apresurados á tomar el tren, que se puso luego en movimiento.

Al día siguiente, 8 de Julio, á las ocho de la mañana llegamos á Zacatecas. Llena de gente hallábase la Estación; instantáneamente ocuparon los coches infinidad de personas principales de ambos sexos, que subieron á saludar á los peregrinos. El señor Vicario capitular de la Diócesis, acompañado de varios eclesiásticos y seglares, entró en el Pullman en que iba el señor Obispo; una Comisión de religiosos de la orden franciscana presentó sus felicitaciones al M. R. Padre Camacho, su Comisario general. Infinidad de señoras y señoritas se repartieron en los diversos coches, y distribuyeron ramos de flores entre los romeros. El entusiasmo y la animación fueron indescriptibles. Anuncióse la partida del tren, y la mayor parte de los que habían subido á los wagones no quisieron bajarse, y tuvieron la bondad de ir en nuestra compañía hasta la Estación inmediata de Guadalupe. Cuando el tren comenzó á rodar, las personas que habían

quedado en los andenes nos vitoreaban; las señoras agitaban sus pañuelos; los señores se descubrían.

Unos cuantos minutos y nos deteníamos en Guadalupe. También se hallaba la Estación llena de gente. El Sr. Canónigo Delgado, nuestro respetable amigo, iba á quedarse allí; nos despedimos de él; se despidieron de nosotros los zacatecanos, y entre los vítores y los hurras de la muchedumbre el tren se alejó.

En Rincón de Romos, nos aguardaba la más entusiasta recepción. El respetabilísimo anciano, el señor cura Conchos, iba á bajarse en aquel paradero, y la población en masa había salido á recibir á la Peregrinación y á su querido párroco. Millares de personas á pie, á caballo, en coches, habían llegado y se hallaban esperando; músicas, danzas vistosísimas, multitud de gente con banderas en la mano; las autoridades de la población; las familias, todos vestidos de fiesta y rebosando la alegría en sus semblantes, recibieron en sus brazos al simpático anciano luego que descendió del tren. ¡Cuánto nos conmovió aquella ovación, justo testimonio de la gratitud y del amor de todo un pueblo á un hombre que en el ejercicio de su ministerio ha derramado el bien á manos llenas! ¡Qué popularidad más legítima y mejor adquirida! Si no hubiéramos conocido de antemano los honrosos antecedentes de este virtuoso sacerdote; si no le hubiésemos tratado lo bastante por espacio de tres meses, para juzgar acerca de sus relevantes méritos, nos habría bastado aquella entusiasta recepción que se le hizo por sus feligreses para reputarlo como una persona de grande importancia, como lo es en realidad. Antes de bajar del coche el muy respetable sacerdote, le habíamos estrechado en nuestros brazos verdaderamente conmovido nuestro espíritu.

Cuatro horas después en Aguascalientes nos esperaba otra no menos agradable impresión. A las doce y minutos se detuvo el tren. Lo más granado de la sociedad hallábase reunido en la Estación; el clero, las familias principales, los individuos del pueblo llevando cañaverales y banderas tricolor, ocupaban un espacio inmenso cuando descendimos de

Los coches para ir á tomar el almuerzo en la fonda. Calurosas felicitaciones, entusiastas saludos nos recibían por doquiera; con trabajo podíamos penetrar entre la muchedumbre para llegar á la fonda. Grande fué la animación y el contento del vecindario de Aguascalientes durante nuestra corta permanencia en la Estación. Pasada una hora nos veíamos precisados á despedirnos de aquellos fervorosos católicos nuestros hermanos, que tanto nos habían favorecido. Allí dejamos á dos estimables damas compañeras nuestras en la Romería, Doña Luciana Romo y Doña Bernardina Torres.

Semejante ovación recibimos en la Encarnación. Los vecinos de la Villa se hallaban también aguardándonos en numeroso concurso. El señor Obispo fué objeto de muy cariñosas manifestaciones. Partimos de allí á la 1.30 P. M.

Tristes impresiones iban á contrastar con las de alegría que habíamos recibido durante el viaje desde que pisamos el territorio mexicano. Al acercarnos á Lagos, eran las cuatro de la tarde, principiábamos á ver los efectos de la terrible catástrofe que había cubierto de ruina y desolación una parte de la comarca que se llama el Bajío. Dos máquinas locomotoras hechas pedazos vimos á orillas de la vía. Avanzando más, comenzamos á ver puentes destruidos, alcantarillas rotas: el tren caminaba con lentitud. Pasado de Lagos, los efectos de la inundación eran más perceptibles; la vía férrea en un estado lamentable; de uno y otro lado del camino, árboles derribados, casas destruidas, grandes charcos de agua en diversos puntos, hondas barrancas de formación reciente conducían el agua, que seguía su curso en varias direcciones, buscando su nivel. Nos acercábamos entre tanto á León, al sitio principal de la catástrofe. Nuestros corazones latían violentamente.

A las seis de la tarde se paraba el tren delante de la Estación. El Illmo. Sr. Barón, Obispo de la Diócesis, acompañado de un grupo numeroso de su Clero; muchas familias y personas principales, una gran masa del pueblo, estaban reunidos esperándonos. Nuestro Presidente de la Peregrinación y muchos de los peregrinos bajaron de los coches á recibir las

felicitaciones de los leoneses y á la vez á darles nuestro sentido pésame. Fué ofrecida al señor Obispo una cantidad de dinero que se reunió entre los peregrinos, para socorrer á los inundados, y se le presentó una lista de mayor suma de donativos que muchos ofrecían remitir cuando llegasen al lugar de su residencia. Esta recepción fué triste y conmovedora. Nosotros no tuvimos ánimo para presenciara de cerca. Permanecimos dentro del coche, contristados y pensativos.....

A las ocho de la noche llegamos á Silao, víctima en parte de la espantosa inundación. El conductor del tren nos avisó que pernoctaríamos allí, porque el mal estado del camino hacía peligroso continuar la marcha por la noche.

A las ocho de la mañana del día siguiente, 9 de Julio, salimos de Silao. Una hora después llegábamos á Irapuato, en donde nos despedíamos de una excelente compañera, la Sra. D^a Romana Rivera, quien había ganádose la estimación de todos, por su bello trato y por las brillantes prendas morales de que la veíamos adornada.

En Salamanca, á donde llegamos á las diez A. M., dejamos á dos apreciables peregrinos del Valle de Santiago, el Padre D. Narciso Macías y D. Jesús Alvarez.

Una hora después Celaya nos recibía con música y con aclamaciones de sincero entusiasmo. Allí se separaban de nuestra compañía el Padre D. Luciano Govea, de Tlalpujahuá, D. Ignacio Gallardo y su simpático hijo el P. D. Refugio. A los diez minutos partió el tren.

Nos acercábamos rápidamente á Querétaro, la ciudad histórica por excelencia, el lugar del sacrificio de tres hombres eminentes que ofrecieron su vida en holocausto por la felicidad de México. El teatro de memorables hechos heroicos de valor y de abnegación que no los registra más gloriosos ni más nobles la historia de la humanidad. Allí se hundió el tercer imperio mexicano, víctima de la traición, víctima de la influencia americana. El imperio azteca había caído con la barbarie por la fuerza de las circunstancias: era una necesidad de la civilización. El imperio de Iturbide cayó á impul-